

María Iglesias

# El granado de Lesbos



Galaxia Gutenberg

# EL GRANADO DE LESBOS

MARÍA IGLESIAS



© José Antonio de Lamadrid

**MARÍA IGLESIAS**  
(Sevilla, 1976)

Es periodista y escritora. Autora de la novela *Lazos de humo* y coautora del documental *Contramarea* y del álbum ilustrado *Vaho*. Publica desde 2013 en *eldiario.es* y en *Público* desde 2017. En sus veinte años de trayectoria ha trabajado en la Agencia EFE, *Diario de Sevilla*, Paramount Comedy Channel y Canal Sur TV. También ha colaborado en programas franceses y alemanes del canal ARTE. Por su tarea de reportera durante la emergencia humanitaria de los refugiados en la isla griega de Lesbos en 2016 fue reconocida con el XXV Premio de la Comunicación de la Asociación de la Prensa de Sevilla. Regresa en 2018 a Lesbos, desde donde informa, para prensa y la Cadena SER, tanto del juicio a los bomberos españoles acusados de tráfico de

seres humanos como de la situación en los campamentos de refugiados.

Fruto de esa experiencia a lo largo de esos últimos tres años escribe este su segundo libro.

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
[info@galaxiagutenberg.com](mailto:info@galaxiagutenberg.com)  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: mayo de 2019

© María Iglesias, 2019  
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019  
Imagen de cubierta: *Hiperbòlic*, Miquel Barceló, 2018  
Técnica mixta sobre lienzo. 218 × 269 cm  
Fotografía: © Cortesía Galería Elvira González  
© Miquel Barceló, VEGAP, Barcelona, 2018

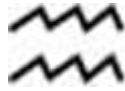
Conversión a formato digital: gama sl  
ISBN: 978-84-17747-78-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A quienes hacen luces en la oscuridad.  
A quienes las buscan.  
A ti, Mohammed Jjo, donde estés.*

¿No es extraño que la mayoría esté de acuerdo en que hay algo que va tremendamente mal, pero a la hora de la verdad, no quieren que se produzca cambio alguno?

TORBORG NEDREAAS,  
*Nada crece a la luz de la luna.*







«Despierta, *Mery*, ha avisado Onio.» Oí mi nombre, en inglés, dicho por esa voz masculina, nueva, pero ya conocida. Incluso medio dormida supe que él seguía acostado. Su voz llegaba firme y templada. Cerca pero no tanto. Desde el otro cuarto. Abrí los ojos, todo estaba apagado, no reconocí el espacio. Hasta que al fin me ubiqué y entendí: «Carlos». Salté con el corazón palpitando. Seguí los pasos acordados antes de acostarnos. Supe que él y Jaime se levantaban por los chirridos del somier. Hablaban bajo. Yo, sentada en el sofá cama del salón, llamé al taxi. «Marcando», les avisé. Mientras, me fui vistiendo. Miré el reloj: las cinco. Tiritaba. Había pasado frío toda la madrugada. Incluso acurrucada, en el saco de dormir, bajo las sábanas, con calcetines y guantes, y en posición fetal. Helada. No descuelgan. «Nada», digo. «Vamos, vamos», me impaciento. Me abrocho las botas. Al fin, oigo la frase en griego. Se me atraganta la respuesta, en inglés.

«Buenas noches. Necesitamos un taxi», logro decir. «Estamos en Pyrgus Thermis.»

«¿Dónde en Pyrgus?», pregunta la operadora. ¿Cómo explicarlo? Anoche, los faros iluminaron unos contenedores a la izquierda, giramos y, a partir de entonces, el carril de tierra. No sé mucho más. Pero me escucho: «Carretera principal. Frente al minimarket». Al colgar advierto: «Está viniendo». Uno de los dos da al interruptor. La luz duele. Les escucho repasar el material sobre la mesa: «una cámara», «y la otra», «triple», «monopié», «baterías», «flash», «grabadora». Yo compruebo que en la mochila van el cuaderno,

bolis, el portátil, los permisos y documentos, la cartera. «Ras, ras» suenan, amplificadas por el silencio, las cremalleras. Antes de volver a ponerme los guantes recuerdo los animalitos de plástico de mis hijos que he traído. Rebusco en la maleta, cojo un puñado -el cuello de la jirafa, la melena del león, se me clavan en la palma- y los echo al bolsillo del plumífero. Me calo el gorro de lana y me cuelgo, bien visible, la acreditación internacional de prensa. La falsa. «¿Quién lleva las llaves?» El manajo vuela, tintineante. «Cierra y tú las guardas.»

La noche empapa. Crepita la escarcha bajo las pisadas. Hay un zumbido en el campo de insectos que ni en invierno callan. Salvo eso, todo en calma. Ni una luz tras las contraventanas cerradas. Extraña que todos los vecinos sigan durmiendo. Como si nada. Nosotros llegamos ayer, pero ellos llevan ocho meses viviéndolo. Al final del camino, alcanzamos el asfalto. Ya de lejos dos faros vienen guiñando. Corremos y subimos. «To Camp Fire, please», indica Carlos. Arrancamos. Vamos los cuatro callados. «¿Vienen por los refugiados?», pregunta el taxista. «Exacto.» Pegada a la ventanilla, anticipo qué hacer al llegar. Temo qué veremos. Hace mucho que mi presente no es tan intenso. Tres años, mi último parto. La realidad es de una plenitud brutal. De pronto veo la señal de anoche cuando llegamos: A MORIA CAMP.

Ayer, el coordinador de rescatadores que nos recogió en el aeropuerto de Mitilene, José Antonio Reina, Onio, nos metió por allí. «Un vistazo rápido y os llevo al apartamento.» Bajamos en la antigua cárcel que se usa de campamento y centro de registro de refugiados. *No one is illegal*, se leía en el muro rematado de alambradas. Aunque fuera un grafiti-protesta me recordó el siniestro *El trabajo os hará libresque* en Auschwitz recibía a los judíos porque era igualmente contradictorio con lo que la verja escondía. Allí dentro, a esas horas, tres mil personas estarían durmiendo. Intentándolo al menos. El Gobierno impedía el acceso a periodistas hacía semanas. En España la prensa tiene prohibi-

da la entrada a los centros de internamiento de extranjeros. «Venid», nos guió Onio hacia una parcela aledaña. «Aquí, el monte de los olivos», barrió la loma con el brazo. «Habrá cuatrocientos», calculó por las tiendas militares blancas. «Los últimos de los últimos: pakistaníes, afganos, bangladésíes, eritreos, argelinos, marroquíes y hasta dominicanos. Como los campamentos oficiales les cerraron las puertas, se quedaron cerca, vagando, durmiendo al raso. La lluvia convirtió esto en un lodazal. Pero llegaron voluntarios de todos lados, abrieron estos canales y crearon las mínimas condiciones de higiene y dignidad.»

«¿Podemos entrar?», pregunté. No había puerta que lo impidiera.

«Vamos, pero no grabéis.»

Cinco muchachos, menores quizá, estaban a la entrada de una tienda, hablando en susurros, sombras tan rectas que parecían centinelas. «Good night», «Good night». Casi notábamos, al avanzar callados, el respirar de quienes dormían bajo las lonas. Para mí era importante comprobar, en primera persona, que eso estaba ocurriendo y, al mismo tiempo, consideraba inmoral violar la sagrada intimidad del sueño. Pero quería poder transmitir, luego y de la forma más directa, lo que estábamos viviendo. Que la gente, en sus casas, sintiera lo que sentíamos. Por eso, cuando volvimos al coche, pregunté al bombero Reina: «¿Crees que de día podríamos grabar?». «Tendréis que hablar con los coordinadores. Supongo que, mientras respetéis a quienes no quieran salir, no habrá problemas.»

En marcha de nuevo, seguimos cinco kilómetros y, al dejar atrás una curva cerrada, leímos el letrero de Pyrgus. La carretera atravesaba el municipio como una columna vertebral y, a izquierda y derecha, salían carriles como costillas hacia los campos del interior o el mar. Me recordaba a El Palmar gaditano de los años 80. El último colmado bajaba la persiana a nuestro paso, pero quedaba una venta abierta. A la altura de los contenedores Onio giró. Las luces y el motor asustaron a unos gatos. Dos sombras, desde le-

jos, vinieron a buscarnos. Una llevaba otra sudadera naranja de la ONG de Onio, Proem-Aid. «Es Ángela Hidalgo, la única mujer del retén 6» nos dijo él. «Bombrera, de Málaga», completó ella y presentó al hombre a su lado. «Thanasis, voluntario griego. Él os ha conseguido el apartamento.» «Gracias de corazón», le dijimos. «De verdad.» Insistimos porque el joven, atractivo, parecía muerto de cansancio o emocionalmente afectado.

Eso fue ayer. Ahora, el taxi nos acerca a la hoguera donde voluntarios y bomberos esperan de madrugada las señales de los refugiados en las balsas. Me daba vértigo ver lo que la mirada de Thanasis reflejaba. La calle del barrio de palacetes del XIX era un túnel cerrado por copas de árboles centenarios. Abajo, dejamos el puerto a la izquierda, y allí volvió a sorprendernos el enorme crucero, *Venizelos*, desproporcionado hasta en las letras del casco, azules sobre blanco. El paseo marítimo, el *harbour*, con sus veleros y fragatas militares, era el corazón de la ciudad portuaria. Todo lleno de bares, tiendas de *souvenirs* y edificios oficiales, ahora cerrados. Justo detrás, dominaba el perfil, la cúpula de la iglesia. Todavía tuvimos que cruzar otro elegante barrio de chalets decadentes antes de reconocer el litoral frente al aeropuerto, la zona de bungalows donde vivían los bomberos. Ahí estaba el Hotel Lasia, a pie de playa. Y, en frente, al fin, Camp Fire, nuestro destino, creado, entre otros, por la agente turística chipriota Rebecca Michaelides. Fue una noche de septiembre, sin premeditación, sólo arrastrando un bidón de lata y prendiendo en él una candela para que los rescatadores no se helaran mientras aguardaban.

Paramos, pagamos y oímos alejarse el taxi, mientras nos acercábamos al fuego, en la playa de guijarros, bajo un olivo frente al mar. Alrededor de la mesa de camping, apoyada en su tronco, jóvenes embozados preparaban café y té. Nos saludaban en inglés, bajando los párpados o cabeceando. Debían reconocer que era nuestra primera vez por-

que transmitían solidaridad anticipada ante la noche iniciática.

«Aquí», levantó la mano Onio. «Esto es lo que os ha traído», murmuró mirando al mar. «La historia que contar».

A distancia, los pies en el agua, enfundados en neoprenos, nos saludaron los compañeros que la víspera nos presentó en los bungalows: el sevillano que parecía un surfero californiano, el Hulk de La Rioja, y el veterano malagueño de melena y barba canas. Aún no se me había grabado que eran Jorge James, Javi Murillo y Paco Ráez.

«¿Se confirma la llegada?», pregunté escrutando el Egeo, negro y plano.

«Van a llegar.»

«Pero, ¿los ves?», apunté a sus prismáticos.

«Con esto es casi imposible. Si tuviéramos un radar...»

«Entonces, ¿cómo sabes que vienen?»

«Seguro a cien por cien.»

Apenas le conocíamos. Una hora la noche previa. Pero inspiraba confianza. Además, estábamos en Lesbos por ellos, por la ONG que empezó con ocho bomberos y llevaba ya tres meses, desde diciembre de 2015, dándose relevos cada dos semanas, rescatando. El 14 de enero de 2016, la guardia costera griega detuvo a tres de ellos: Manuel Blanco, José Enrique Rodríguez y Julio Latorre, acusados de tráfico de personas. Tras días con dos cooperantes daneses, en un calabozo con váter turco, vieron detrás del ventanuco enrejado la sonrisa de la pecosa, con gafas de John Lennon, Efi Latsoudi.

«¿Que has pagado la provisión de la fianza?», «¿Tres mil de los quince mil euros?», «¿Por qué?».

«Soy del campamento PIKPA. Os conocemos», respondió. «Trabajamos en equipo, de hecho», les desconcertó. «Si vosotros no les salváis en el mar, no les podemos ayudar.»

De vuelta a España, en Sevilla, cuando pasó la vorágine de entrevistas y atención mediática, el sargento de bombe-

ros Manuel Blanco fue, con su mujer embarazada y su hijo de cinco años, a un hipermercado. Avanzaba mareado por reencontrarse con el exceso de productos en los estantes, hasta chocar, carro con carro, con una compañera de recursos humanos de la Diputación, la institución de quien depende su parque provincial. Reyes Ortega le preguntó por lo vivido. Él, más que hablarle del juicio, aún sin fecha, o de la condena a diez años de cárcel por cada rescatado que pedía la Fiscalía, intentó transmitirle «el drama humano», así lo repetía. Tras despedirse, la mujer volvió a donde estaba su marido, al fondo del pasillo, sin contener las lágrimas. «¿Qué pasa, Yeyes? ¿Qué te ha dicho ese tío?» Ese tío fue, con José Pastor y Onio Reina, uno de los tres bomberos que crearon la ONG de rescate en Lesbos Proem-Aid. Si yo estaba con Onio, ahora en esta playa, era porque el hombre a mi otro costado era el profesor universitario Carlos Escaño que, tras escuchar a su mujer, buscó a Manolo Blanco por el supermercado. Quien, un mes después, marcó mi teléfono dando continuidad a lo que Blanco llama el *Efecto Lesbos*: «una sinergia que hace que desconocidos, al descubrir esta tragedia, se unan como eslabones de la cadena de ayuda humanitaria».

«Mirad», señaló Onio, «un punto negro. Y, dentro, luces de las pantallas verdes».

Busqué en el Egeo que parecía quieto, a veintiún kilómetros de una Turquía que se veía nítida. Pero de quieto nada, venía una ola, y enseguida otra, y otra más. A nuestros pies, rompían suaves, sin espuma. Pero mar adentro, subían y bajaban lo bastante para ocultar lo que avanzaba. El cielo estaba cuajado de destellos. Abajo, en cambio, yo no veía más que agua. Ni rastro del *dinghy*, como llaman a las balsas. Oí movimiento a mi espalda y me volví. Las treinta personas dispersas por la playa se apiñaban. Llegaron coches derrapando y salió gente de los aparcados. Descargaban cajas de cartón de los maleteros. Yo saqué de la mochila cuaderno y bolígrafo. Me metí el móvil en el bolsillo. Seguía sin ver la hinchable.

«Mira, ahí», susurró Onio. «Se aprecian ya hasta las cabezas» y, al fin, la distinguí. El punto era todavía una barca mínima. Creció a un ritmo que me retumbaba dentro. Onio se quitó el chaquetón, dejó los prismáticos y se unió, en la orilla, a rescatadores de otras organizaciones. Cinco o seis se metieron con el agua al pecho. Oí inglés y árabe:

«Assalamu alaikum», «La paz sea contigo».

«Apagad el motor, por favor», «Bienvenidos», «Bienvenidos a Europa».

«Tranquilos, seguid sentados», «Ya está. Habéis llegado».

Las caras se perfilaron. Hombres jóvenes que sonriendo lloraban. Nos buscaban la mirada y decían: «Thank you, European people», «Thanks, Europe, for existing, you, land of human rights», «We are safe now», «You will save us». Los rescatadores, aún con el agua por las pantorrillas, contaron «Un, dos, tres» y, con un bufido, arrastraron afuera, el dinghy lleno de familias. Seguían un protocolo de desembarco. Dos semanas antes, hubo un tumulto al bajar y un niño fue aplastado. La falta de oxígeno le causó parálisis cerebral. Javi Murillo, Paco Ráez y, sobre todo, Jorge James espantaban la imagen de su mente. James sacó al chiquillo del amasijo de brazos y piernas. Tenía año y medio, como su hijo Eneko. Aún se arrepentía de no haberle reanimado él. Pero tenía que seguir rescatando y dejar su tarea a los sanitarios. Tras el perímetro de varones, sentados a horcajadas en el borde de la balsa, aparecieron adolescentes, niñas, niños, mujeres con bebés, embarazadas, abuelos. Los voluntarios de retaguardia se acercaban ya a la orilla con mantas desplegadas, para secar y abrigar. Las mantas se usaban como toallas antes de ser volteadas. Todo lo empapado se lanzaba bajo el olivo y, ahí, se apilaba. Escuché gritos como si acabaran de destaponarse mis oídos: «Need a blanket!, need a sweater!». «Bigger!», «Smaller!», «For this man!», «Here, this woman!», «Now, the baby!». Había tantos voluntarios como refugiados. Casi competían por atenderlos. Pero nadie sobraba. Cogían a bebés y críos porque